

## **El bicentenario de la Universidad de Buenos Aires**

Por Guillermo Jaim Etcheverry

*“La UBA: un centro de altos estudios, reconocido, criticado, amado, siempre vigente en el panorama de la cultura argentina y universal”*

Quise comenzar estas palabras evocando ese párrafo con el que la académica María Sáenz Quesada concluye su artículo sobre “La fundación de la Universidad de Buenos Aires y el proyecto revolucionario de Mayo” en el Boletín del Centro de Estudios de la Educación Argentina del mes de octubre. María desarrolló ese tema también en el transcurso de la conferencia con la que la Academia Nacional de la Historia conmemoró ese bicentenario el 10 de agosto pasado. En esas intervenciones encontrarán detalladas referencias a las etapas iniciales de la UBA en las que no abundaré.

Permítanme, al menos, intentar recrear la escena de la inauguración que está tan bien reflejada en el mural de Antonio González Moreno que preside el Salón de Actos de nuestra Facultad de Derecho.

Relata Juan María Gutiérrez: *“A las cuatro y media de la tarde se han dado cita en la iglesia de San Ignacio las más importantes autoridades civiles, militares y eclesiásticas de Buenos Aires. Las naves del templo rebosan de un público ansioso de ver por sus ojos aquella constelación de doctos brillando a la luz reflejada por las lentejuelas y abalorios de capirotos y bonetes”*. Es el 12 de agosto de 1821 y se inaugura la Universidad de Buenos Aires que había sido creada tres días antes por edicto del gobernador de la ciudad, Martín Rodríguez y su secretario de Gobierno, Bernardino Rivadavia. El periódico “Argos de Buenos Ayres” informa: *“Jamás un establecimiento ni una función pública ha tenido un séquito tan interesado y numeroso; el pueblo se hallaba verdaderamente encantado de alegría, y ha dado a conocer hasta qué grado es entusiasta por las letras... Los auspicios con que se ha fundado la Universidad son en todos los aspectos favorables y nos han alejado los temores de que se aproximase una generación desmoralizada y bárbara”*. Gutiérrez – rector de la UBA entre 1861 y 1874 e impulsor de la ciencia en la universidad – comenta: *“En aquel día la ciencia se dignificaba, se despertaba al estímulo por el estudio y se mostraba claramente por la autoridad de Buenos Aires cuán grande debe ser el respeto que rinden los Gobiernos bien intencionados a la inteligencia cultivada”*.

La creación de la universidad era una aspiración desde fines del siglo XVIII aunque las convulsiones políticas hicieron fracasar varios intentos de concretarla. Antonio Sáenz, abogado y sacerdote, que participó en el Cabildo Abierto de 1810 y en el Congreso de Tucumán de 1816, fue la fuerza impulsora de su creación, concretada con el apoyo entusiasta de Rivadavia quien advirtió la trascendencia que tendría la institución en su proyecto modernizador. Sáenz fue designado rector de la nueva universidad que se organizó agrupando en seis departamentos instituciones ya existentes.

Transitar la historia de la UBA, iniciada en el marco de esa concepción progresista, es recorrer la historia del país. Aunque en el transcurso de estos dos siglos no escapó a las turbulencias políticas, ellas no impidieron que se convirtiera en una de las universidades más valoradas de América Latina. Miles de profesores, investigadores, alumnos y personal de apoyo así como sus graduados, dispersos en el país y el mundo, construyeron ese prestigio con trabajo y esfuerzo. Hoy la UBA es una institución-ciudad, una megauniversidad cuya complejidad es difícil de abarcar ya que aloja una enorme

diversidad de actividades y de visiones de la realidad. A pesar de lo mucho que se puede y debe debatir acerca de aspectos concretos de su siempre conflictivo presente, la UBA – una universidad de investigación en la que se formaron cuatro premios Nobel – es un tesoro que la Argentina debe preservar para las nuevas generaciones que se acercan a ella.

En los albores del siglo XX la Universidad de Buenos Aires promovió cambios que anticiparon uno de los momentos culminantes de la historia de la universidad argentina: el movimiento de la Reforma nacido en Córdoba en 1918. Eso demostró el vigor y la capacidad de los universitarios para impulsar transformaciones desde el interior de la institución. Fue el del 18 un importante intento modernizador que ha quedado opacado por la esquematización mediante la que ese movimiento ha sido visto por las generaciones posteriores. Señalaban los estudiantes de entonces: *“La Universidad, se ha atrincherado en un saber canonizado rechazando los desafíos de la modernidad, excluyendo a las ciencias de su territorio, e impidiendo el acceso al profesorado a los intelectuales y hombres de ciencia que representan el espíritu de los nuevos tiempos”*.

Tal vez la celebración del Bicentenario de la UBA debería constituir la oportunidad de promover una nueva reforma que, jerarquizando las funciones básicas de la universidad, logre definir sus lazos con una sociedad que ha cambiado radicalmente en pocas décadas. Hay que reflexionar acerca de la conveniencia de preservar en la institución académica algunos de sus valores originales a pesar de que hoy no sean apreciados como la seriedad y profundidad en el análisis; el respeto a todas las ideas y no solo a las consideradas circunstancialmente correctas; la exigencia y el rigor en el estudio; la valoración de la docencia y la investigación; la transparencia en la gestión académica y administrativa. Todo ello independientemente de intereses de grupos y de partidos políticos que siempre han visto en la universidad un ámbito de expansión.

Por eso, entiendo que este bicentenario brinda la oportunidad de reflexionar sobre la naturaleza misma de la institución universitaria.

A pesar de las profundas transformaciones que ha experimentado desde el siglo XI, cuando se creó la de Bolonia en Italia, su misión sigue siendo la misma: la de enseñar saberes concretos y, sobre todo, proporcionar a los jóvenes las herramientas para que logren formarse una visión del mundo.

En 2004, al cumplirse 250 años de la creación de la Universidad de Columbia en Nueva York, su presidente, Lee Bollinger, se preguntaba por qué razón las universidades han persistido durante tanto tiempo. Respondía:

*“Son muchas las razones por las que las universidades han resistido la prueba del tiempo pero unas pocas son fundamentales. La más importante es el propósito al que sirven. Las universidades siguen teniendo sentido porque responden a la más profunda de las necesidades humanas, al deseo de comprender y de explicar ese saber a los demás”*.

Estas palabras constituyen un buen punto de partida para pensar la naturaleza de las universidades. Esos organismos sociales diversos, complejos y apasionantes que son mucho más que empresas a ser administradas. Son ámbitos de cultura en los que se producen decisivos encuentros entre las personas.

En su autobiografía, "Errata", George Steiner ensaya una bella definición de lo que es una universidad. Dice:

*“Es el lugar en el que las jóvenes generaciones tienen la oportunidad singular de encontrarse con esos seres poseídos, interesados por cosas que parecen extrañas al*

*mundo y que, sin embargo, tienen tanto que ver con lo humano. Precisamente la creación de ese clima intelectual es lo que define a una universidad".*

Coincidió el cardenal John Henry Newman: *"Una universidad consiste, y siempre ha consistido, en la demanda y la oferta de algo que solo ella puede satisfacer: la comunicación del conocimiento pero, sobre todo, el establecimiento de relaciones y lazos entre el maestro y quien aprende. Su principio constitutivo es esta atracción moral entre una y otra clase de personas".*

Esa idea de universidad – así se llama el libro de Newman – es la que está hoy amenazada. Vivimos un tiempo histórico caracterizado por una vertiginosa aceleración que produce asombro. En nuestro contexto vital el espacio y el tiempo se han comprimido, lo que nos genera una gran ansiedad, evidente o solapada. Contamos con tanto a nuestra disposición, es tan abrumadora la cantidad de información, la oferta de posibilidades académicas, culturales y mediáticas, que corremos el riesgo de vivir absolutamente atrapados por el día a día. Las tecnologías de la información nos someten a un bombardeo de estímulos mediáticos y publicitarios incesante y tan intenso que hace imposible su asimilación. Nuestra atención y nuestro tiempo, incapaces de defenderse, están sometidos a la tiranía de lo instantáneo y escapan a nuestro control. Habitantes del tiempo rápido, nos deslizamos con inusitada velocidad sobre la superficie de la realidad.

Esta experiencia vital se refleja también en nuestras actividades profesionales, académicas y universitarias, sometidas a una vorágine que no pocas veces termina por guiar el destino de esos ámbitos en lugar de que lo hagamos nosotros. Una de las mayores dificultades de esas actividades, es que la inmersión en un entorno tan acelerado dificulta y, no pocas veces impide, cualquier pausa para la reflexión.

Todo lo que ocurre en el mundo nos afecta pero, paradójicamente, nos encontramos inermes para asimilar lo que está pasando y anticipar las consecuencias. Para hacer la pausa que nos permita, mirando hacia atrás y hacia adelante, decidir la dirección que queremos llevar. Por eso, nos vemos cada vez más distantes del tiempo lento de lo humano, el que estimula la imaginación y permite pensar.

Surge entonces la posibilidad de la universidad como una de las escasas instancias que nos posibilita hacerlo porque cuenta con la capacidad, el tiempo y la independencia, idealmente libre de ataduras, de presiones y de prejuicios, abierta a todo. Es en ella donde podemos adquirir una visión de conjunto, desde una perspectiva universalista y, sobre todo, humanista. Por eso, el estado de permanente alerta ante lo externo, no nos debe hacer perder de vista lo que son y, sobre todo, lo que deberían ser nuestras universidades.

Son el lugar y el tiempo. Son el lugar y el tiempo de nuestras vidas que la sociedad ha decidido apartar para permitirnos reflexionar, imaginar, crear. Las universidades no deben renunciar a esa misión.

En el caso de la UBA, la construcción de una verdadera universidad es una tarea que sigue en gran medida pendiente. Las características de su origen a partir de instituciones preexistentes explica esa dificultad para constituir un ámbito de formación de una concepción del mundo. Creo que en ese origen reside el que ha sido un escollo para diseñar una verdadera universidad ya que, como decía el rector Ricardo Rojas, *"poseemos facultades de verdad y carecemos de universidad"*. En no pocos casos, el resto de las universidades argentinas ha imitado ese modelo.

Ya en 1914 el mismo Rojas había dicho sobre nuestra universidad que *"en Buenos Aires hay facultades pero no universidad en el sentido científico de la palabra. Asimismo, se nota que las tendencias utilitarias inherentes a todo profesionalismo, han*

*obstaculizado en dichas escuelas el ideal de la especulación desinteresada, viniendo cada facultad a convertirse en una oficina más o menos escrupulosa para la expedición de sus diplomas... Bien está que entreguemos al orden político y a la vida material lo que ellos nos imponen para subsistir, pero no debemos limitar a tales fenómenos la visión de nuestra inteligencia".* Ese es el conflicto básico que viene del fondo de nuestra historia institucional y cuya solución que constituye un desafío aún vigente.

Porque hasta las disciplinas tecnológicas suponen una dimensión ética y política que nos lleva a preguntarnos por los fines de los medios poderosos con los que hoy contamos. Esa reflexión no puede verse arrasada por la aceleración del cambio, por la prisa del tiempo moderno, por la presión de la competencia.

Además de conocer, es preciso saber para qué se conoce. Eso se logra mediante una amplia formación general, cada día más desprestigiada. En ese sentido, deberíamos advertir con preocupación las crecientes trabas para incorporar a nuestros jóvenes a la cultura, tarea que ha ido adquiriendo una posición marginal en la experiencia universitaria. Al igual que en la vida del ser humano, en las instituciones la sobreadaptación al contexto, no constituye un signo de vitalidad sino más bien un anticipo de senectud y decadencia.

Por las características de la sociedad actual, es más importante que nunca que la universidad ejerza esa función reflexiva que es, tal vez, su misión superior. Quedan pocos espacios en los que se cuente con el tiempo para pensar. Ahí deberían estar nuestras universidades como refugio de las ideas. No son empresas de servicios, una más entre tantas otras. Aunque esas ideas no se reflejen de inmediato en la producción de bienes y servicios concretos, aunque no tengan aplicación. La experiencia histórica indica que, aunque hoy no lo sepamos, sin duda la tendrán. Las universidades deben ser incubadoras de empresas. Sí, pero sobre todo incubadoras de ideas. Como vivimos en un mundo que cada día es más de cosas que de ideas, posiblemente una de las funciones de la universidad que justifique su existencia sea la de reivindicar el constituir el espacio del respeto por las ideas.

La amenaza externa a la universidad está representada por la tentación de cosificarse, de convertirse en parte del mundo de las cosas, renunciando a su misión de ser el espacio de la creación y el conocimiento. Signos de ese peligro son las características actuales de la formación, la súper especialización precoz, el desinterés por todo aquello que no sea considerado económicamente útil. Enfrentamos el peligro de mimetizarnos con los valores que prevalecen en el conjunto social. Corremos el riesgo de que la mercantilizada visión contemporánea pretenda hacer que una institución eminentemente cultural – destinada a evitar que las nuevas generaciones sean “desmoralizadas y bárbaras” como se celebraba en 1821 – se convierta en una oficina expendedora de títulos. Ahora, además, se cierne el peligro de que maestros y alumnos, hoy fugaces espectros virtuales, prescindan del contacto inspirador y singular entre ellos para pasar a ser una parte más del espectáculo mediatizado.

Por eso, no deberíamos perder de vista nuestra responsabilidad, volviendo la mirada a la misión originaria de la universidad: proporcionar a las nuevas generaciones una brújula, una visión del mundo. Aunque resulte evidente que la universidad también cumple la función de formar a las personas para hacer cosas concretas, debería privilegiar el dotarlas de esa visión. Eso se logra en el campo de las ideas convirtiendo a la institución en un espacio en el que se priorice su discusión.

Es, pues, la universidad, una institución que aloja al pensamiento y en la que se plantean los grandes dilemas que enfrentamos como seres humanos y como sociedades. No la perdamos en la vorágine de los valores empresariales de la eficiencia. Porque se ha instalado con fuerza avasalladora la concepción de que, para justificar su existencia,

resulta imprescindible que la universidad exhiba resultados mensurables y, sobre todo, comercializables. Los estados han generado nutridas burocracias para calificar a quienes hasta ahora eran los encargados de calificar.

A pesar de que parezca obvio señalarlo, las universidades tienen que ver con la educación. Hoy cada vez más se busca justificar la actividad universitaria en otras tareas: en la asistencia que presta a la sociedad, en la colaboración con las empresas. Son estas labores muy positivas, pero es preciso no perder de vista que la contribución más importante que hacen las universidades se genera por su acción sobre el material que se les ofrece todos los días en las aulas, que es la mente, la conciencia de los jóvenes estudiantes. Ese es el territorio en el que la universidad puede cambiar la realidad de una sociedad, trascendente función que no siempre se advierte con claridad.

Durante mucho tiempo he reiterado un bello párrafo de la escritora mexicana Ángeles Mastretta en el que evoca su paso por las aulas y en el que se resume esta concepción de la misión humanística – constitutiva de lo humano – de la universidad. Dice así:

*“La bendita universidad dio para todo. Dio para entender el amor y la barbarie, para una sorpresa tras otra, para descuartizar la fe de un monje y concebir la de un pagano. Dio para crear villanos y para reconstruir héroes y dio, es de esperar que siga dando, gente empeñada en pensar la verdad como una mezcla de verdades, el acuerdo como una consecuencia del respeto, la tolerancia como una virtud, la duda como la más ardua y sensata de las virtudes. Hemos de desear que la vida guarde a tan generosa universidad porque dio para cumplir los sueños que nunca soñamos y para sembrar los que aún no cumplimos”.*

Allí está resumida vivencialmente la idea de la universidad como experiencia esencialmente humana, como una “ciudad intelectual libre”. Es la valorización de esos factores lo que marca a la gente de por vida. Ese es el sedimento que deja el paso por una buena universidad: la reverencia ante el conocimiento, el respeto a quienes piensan y crean. Los jóvenes merecen que hagamos cualquier esfuerzo para preservar y transmitirles esa visión de las posibilidades de lo humano que la naciente universidad “empresa de servicios”, les está escamoteando. Nada menos que a ellos, que son los legítimos herederos de la cultura.

Por eso, en esta celebración, creo oportuno expresar el deseo que – como diría Mastretta – la vida guarde a esta generosa UBA que, con disensos y acuerdos, aciertos y errores, avances y retrocesos, ha hecho mucho para mejorar a la Argentina y es imprescindible que siga haciéndolo en estas instancias cruciales.